

*El azar y la piedad**

Santos Juliá

En su diálogo *La Velada en Benicarló* cuenta Manuel Azaña, por boca del doctor Lluch, un suceso terrible, quizá un recuerdo personal de los primeros días de la guerra civil: "Una noche, a fines de agosto, mientras de codos en la ventana de mi cuarto tomaba el fresco, sonaron en el cementerio tres descargas. Después, silencio... De allí a poco, se oyó un gemino. Escuché. El gemido se repitió, más recio, creció hasta ser alarido, intermitente, desgarrador... El casi muerto, en el montón de los ya muertos, gritaba de espanto... El grito venía en derechura disparado contra mí. Trajé a la ventana a unos empleados del hospital. "¡Vamos a buscarlo, quizá se salve!". Rehusaron, porfié, me lo prohibieron. ¡Quién se mezcla en tales asuntos! Todo lo más enviar un recado a la alcaldía. Se envió el recado. Pasó tiempo. ¡Tac, tac! Dos tiros en el cementerio. Dejó de oírse el gemido".

Este suceso, dos tiros de gracia a un fusilado que había quedado malherido, sintetiza perfectamente la crueldad de la guerra civil, la impotencia de unos, la cobardía de otros, la ausencia de piedad de los demás. En este sentido, la guerra civil española adelantó, por su carácter brutal, lo que habría de ser la Segunda Guerra mundial en el frente oriental de Europa. Alemanes y rusos sabían que estaban librando una guerra de supervivencia, que solo podía terminar con la derrota total y el aplastamiento del otro, sin resquicio alguno para la negociación y la paz. En esas condiciones, la distinción entre soldados y civiles, entre combatientes y no combatientes, es sencillamente ilusoria. Violaciones, asesinatos, fusilamientos, tiros de gracia, política de tierra quemada, exterminio, pasaron a convertirse en rutina de cada día: cerca de veinte millones de civiles sucumbieron en la Unión Soviética durante la guerra, una cifra que dobló la de sus soldados muertos en los campos de batalla; después, les tocaría el turno a los alemanes.

La guerra civil española adquirió también desde el primer momento la naturaleza de una guerra de exterminio: odios de clase, de religión, de nación, desempeñaron el mismo papel que los odios raciales en la Segunda Guerra. Los discursos de guerra

* Publicado en *Letra Internacional*, 75 (verano de 2002) págs. 67-68.

alumbrados desde la rebelión militar y la revolución social por ella desencadenada estigmatizaban al enemigo como un invasor extranjero al que era preciso aplastar. No existió nunca, aunque no faltaron algunos proyectos del lado de la República, ninguna perspectiva de mediación ni de paz negociada. Cuando el presidente de la República intentó una mediación de Gran Bretaña, que a su vez interesó en el proyecto al Vaticano, el cardenal Gomá dijo a Giuseppe Pizzardo que no habían entendido bien el carácter de la guerra; que se trataba de una guerra que no podía terminar más que con la victoria total de uno de los bandos.

Así fue, en efecto, con las consecuencias bien conocidas de que los asesinados en la cunetas o los fusilados en las tapias de los cementerios superaron con creces a los caídos en acciones de guerra. Fue una guerra despiadada en la que el enemigo no era únicamente el soldado de la trinchera de enfrente sino el civil que había votado por el otro bando, o que había actuado como apoderado de un partido en alguna mesa electoral, o que había participado en una huelga o manifestado ideas contrarias a las del bando vencedor. Si en la Segunda Guerra Mundial, la diferencia entre combatientes y no combatientes fue irrelevante a la hora de decidir sobre la vida del otro, en España ser del otro bando, si se trataba de un civil, equivalía a llevar en la cartera un certificado de la propia muerte.

Esa brutalidad de la guerra fue, mientras duró el conflicto y durante la larga noche que se abatió después sobre los vencidos, alimentada por el mito de una España en lucha contra la Anti-España. El mito de dos principios eternos, enfrentados a muerte, no permitía no ya ningún momento de comprensión por las razones del otro, sino que positivamente alimentó una política de vigilancia y persecución. No se podía conceder respiro a la represión. Luego, con el paso del tiempo y los cambios de estrategias, el discurso de la guerra civil como guerra contra un invasor fue cediendo en la memoria colectiva a la representación de la guerra como una guerra fratricida, entre hermanos. Sin duda, esta nueva memoria de la guerra, que sirvió de suelo moral para la firma de acuerdos entre fuerzas políticas de la oposición y del exilio con distintos grupos disidentes del franquismo, implicaba una nueva política de la historia que resaltaba los elementos de perdón y reconciliación sobre los de venganza y exterminio. La memoria de la guerra como una guerra fratricida, que posibilitó la política de amnistía y reconciliación, implicaba una mirada de piedad y perdón hacia el contrario.

Faltaba a ese discurso y a esa memoria de la guerra una plasmación literaria. Y ahí es donde irrumpe Javier Cercas con sus *Soldados de Salamina*. Un momento típico de

las guerras de exterminio, el fusilamiento en masa de detenidos que no han sido previamente juzgados, culmina sin embargo en un momento de piedad sin más razón aparente que la del puro azar. Cuando el soldado -a aquellas alturas de la guerra, los milicianos eran sólo un recuerdo del pasado- que rastrea la zona, tropieza con el fugitivo, le mira a los ojos y grita a sus compañeros: por aquí no hay nadie, dejándole escapar con vida, lo que hace es negar la fatalidad de las políticas exterminadoras y abrir un resquicio a la piedad. El encargado de matar es el artífice de la vida. Sin duda, ese gesto no define la guerra civil, más bien la niega; pero al negarla, abre las puertas a la reconciliación porque muestra que también en la guerra hubo algún momento de piedad, o de cansancio, o sencillamente que alguien, un soldado desconocido, sin saber por qué, prefirió durante unos segundos la vida a la muerte, y negó la guerra permitiendo vivir a quien debía matar.

Lo que hace el anónimo miembro del pelotón de ejecución no está motivado aparentemente más que por el azar, por la voluntad libérrima del sujeto. En *La velada en Benicarlo*, lo que ocurre es lo que tenía que ocurrir, en Madrid o en Barcelona, como en Sevilla o Pamplona, en el verano de 1936. Es como una fatalidad ratificada por la impotencia del médico y por la cobardía, el miedo a meterse en líos, de sus ayudantes. Por lo demás, si alguien era detenido y llevado ante el paredón, bien merecido se lo tendría: era un fascista, lo había sido toda su vida, o era un rojo y siempre lo había sido. Rojos o fascistas, su destino era la muerte si caían en manos de fascistas o rojos. Eso era lo que ocurría en Madrid o en Sevilla, en el verano de 1936. Eso era lo que debía haber ocurrido con el cautivo sorprendido en su escondite: tac, tac, y adiós Rafael Sánchez Mazas.

Pero no fue así; en un acto de libertad absoluta, o quizá de fatiga ante tanta muerte, el soldado esta vez no disparó, ni avisó a sus compañeros. Le miró a los ojos, se dio media vuelta y salió de la escena. El azar aliado con la piedad: eso es lo que convierte a *Soldados de Salamina* en la gran parábola sobre el fin de la guerra civil como guerra de exterminio y su primer balbuceo como una guerra entre hermanos.